

# **La vía chilena al socialismo 50 años después**

**Tomo II. Memoria**

**Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos  
y Viviana Canibilo Ramírez**  
(compilación)

**OCHOLIBROS**



**CLACSO**

Austin Henry, Robert. *La vía chilena al socialismo: 50 años después* / Austin Henry, Robert; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; compilado por Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-722-769-7

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Salém Vasconcelos, Joana. II. Canibilo Ramírez, Viviana. III. Título.

CDD 983

*La vía chilena al socialismo: 50 años después: tomo 2, memorias* / Mafalda Galdames Castro... [et al.]; compilado por Robert Austin Henry ; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; prefacio de Tomás Moulian. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-722-771-0

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Galdames Castro, Mafalda. II. Austin Henry, Robert, comp. III. Salém Vasconcelos, Joana, comp. IV. Canibilo Ramírez, Viviana, comp. V. Moulian, Tomás, pref.

CDD 983

Diseño y diagramación: Eleonora Silva

Arte de tapa: Villy



**CLACSO**

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

### **CLACSO Secretaría Ejecutiva**

**Karina Batthyány** - Secretaria Ejecutiva

**Nicolás Arata** - Director de Formación y Producción Editorial

### **Equipo Editorial**

**María Fernanda Pampín** - Directora Adjunta de Publicaciones

**Lucas Sablich** - Coordinador Editorial

**María Leguizamón** - Gestión Editorial

**Nicolás Sticotti** - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

**CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE**

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a [www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana](http://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana)

*La vía chilena al socialismo. 50 años después. Tomo II: Memoria* (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2020).

Obra general ISBN 978-987-722-769-7

Tomo II ISBN 978-987-722-771-0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

### **CLACSO**

**Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais**

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <[clacso@clacsoinst.edu.ar](mailto:clacso@clacsoinst.edu.ar)> | <[www.clacso.org](http://www.clacso.org)>

# Índice

Prefacio. “Memorias” de la Unidad Popular .....	11
<i>Tomás Moulian</i>	
En esas horas .....	13
<i>Mafalda Galdames Castro</i>	
Agradecimientos .....	15
La vía chilena al socialismo. 50 años después.....	17
<i>Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos y Viviana Canibilo Ramírez</i>	
<b>Historia y economía</b>	
Memorias rebeldes. El recuerdo de la Unidad Popular y Salvador Allende durante la posdictadura en Chile.....	29
<i>G. Loreto López, Caterine Galaz V. e Isabel Piper Sh.</i>	
Los límites infranqueables de la propuesta de la Unidad Popular desde las organizaciones de los trabajadores .....	45
<i>Héctor Vega</i>	
Cabañas a la orilla del mar. Una promesa de la Unidad Popular .....	61
<i>Valentina Rey Domínguez</i>	
Unidad Popular, semilla sembrada en la juventud combatiente.....	79
<i>José Miguel Carrera Carmona</i>	
La vida de un Cordón Industrial.....	89
<i>Miguel Silva</i>	

## **La batalla educacional**

Un sueño inconcluso ..... 117  
*Carmen Vargas Torres*

Las Brigadas Ramona Parra.....139  
*Alejandro “Mono” González*

Luchando por educación “para todas y todos”. La visión educacional  
de la Unidad Popular y de Salvador Allende ..... 155  
*Beatrice Ávalos*

Encuentro con nuestra historia: los mil días y muchos más..... 175  
*Zabrina Pérez Allende*

Políticas de cambio educativo en Chile. Allende entre Frei y Pinochet.....189  
*Marcela Gajardo*

## **La reforma agraria**

Sindicalismo y capacitación campesina en la Unidad Popular ..... 207  
*Oscar Torres Rivera*

Desafíos y contradicciones en una experiencia inconclusa.  
La capacitación campesina en la Reforma Agraria  
de la Unidad Popular ..... 227  
*Rolando Pinto Contreras*

Reforma Agraria: del relato épico a su compleja implementación  
cotidiana ..... 247  
*Sergio Gómez Echenique*

Radicalidad agraria de la Unidad Popular.  
Testimonios y relatos de mapucistas del centro sur ..... 263  
*Esteban (Teo) Valenzuela Van Treek*

## **Mujeres en lucha**

Evocando la Historia.....	285
<i>Francisca Rodríguez Huerta</i>	
Mis memorias.....	305
<i>Mafalda Galdames Castro</i>	
El Ministerio que no fue.....	321
<i>Carmen Gloria Aguayo</i>	
Memorias de una mujer campesina.....	333
<i>Alicia Muñoz Toledo</i>	
Desde La Victoria a la victoria. Memoria de una militante pobladora.....	345
<i>Yolanda Álvarez</i>	
Sobre sueños, esperanza y rebeldía de la mujer pobladora y trabajadora en la Unidad Popular .....	353
<i>Militza Meneses López</i>	

## **Perspectivas desde el MAPU**

Allende: de la esperanza a la tragedia .....	373
<i>Jaime Gazmuri Mujica</i>	
Kalki Glauser: MAPU, la Unidad Popular y la izquierda chilena: reformista y revolucionaria. El carácter de la derrota. Lecciones y autocrítica .....	391
<i>Carlos Méndez Contreras</i>	
El MAPU desde Lota.....	409
<i>Tito Gutiérrez Contreras</i>	
Un hombre llamado <i>Fernando</i> . Memorias irreverentes en torno a los orígenes del MAPU, la Unidad Popular y la militancia de Juan Pablo Schroeder (1968-1973) .....	421
<i>Nicolás Acevedo Arriaza</i>	

La crisis del MAPU. Cómo y de qué manera se divide  
a un partido de izquierda..... 437  
*Oscar Guillermo Garretón,*  
*en colaboración con revista Punto Final*

### **Miradas extranjeras**

Un viajero filatélico en busca de la Unidad Popular .....481  
*Graham E. L. Holton,*  
*en colaboración con Viviana Ramírez y Robert Austin H.*

No puede haber revolución sin canciones (ni sin arte,  
ni educación popular, ni solidaridad internacional),  
o lo que aprendí de la Unidad Popular de Chile, 1970-1973 ..... 497  
*Norma Stoltz Chinchilla*

La visión chilena medio siglo después ..... 515  
*Ronald H. Chilcote*

(Diario de) una testigo accidental, 1972-1974..... 529  
*Joan Domicelj*

Vivemos no Chile o que teríamos amado ter no Brasil, mas não pudemos.  
Entrevista com Joana Salém Vasconcelos, São Paulo, agosto 2018 .....545  
*Almino Affonso*

Três anos de exílio no Chile ensinaram  
o que é um processo revolucionário .....557  
*Zillah Branco*

Memoria de la Unidad Popular de un historiador gringo.  
La Revolución Chilena desde abajo .....573  
*Peter Winn*

Sobre los autores, las autoras y compiladores..... 589

# No puede haber revolución sin canciones (ni sin arte, ni educación popular, ni solidaridad internacional), o lo que aprendí de la Unidad Popular de Chile, 1970-1973

*Norma Stoltz Chinchilla*

Hoy podría parecer extraño pero, en mi época, se fomentaba que los estudiantes de doctorado en el departamento de sociología de la Universidad de Wisconsin hicieran su investigación de tesis sobre temas relacionados con personas con quienes nunca hablarían y sobre lugares que nunca habían visitado.

Ello se debía, en parte, a que vivir por largos períodos en un lugar diferente, participando en la vida cotidiana y hablando con la gente, o sea, haciendo lo que los científicos sociales llaman investigación etnográfica, se asociaba a los antropólogos cuyo trabajo de investigación se consideraba demasiado descriptivo e “impresionista”, esto es, poco teórico o científico.

Explorar los interrogantes de investigación utilizando información contenida en bases de datos preexistentes, usualmente recopilaciones de grandes muestras de personas, de manera estandarizada



y mediante entrevistadores capacitados, se consideraba no solo más rápido y barato, sino también “más científico”, porque se podía hacer análisis con estadística avanzada. Estudios más científicos, ellos creían, serían más respetados por los que tomaban las decisiones sobre políticas sociales y, por esto, asegurarían más dinero para hacer futuras investigaciones.

Así fue como en 1969 me embarqué en mi tesis doctoral sobre “La conciencia de clase campesina durante la reforma agraria del gobierno de Frei”, sin haber hecho ningún plan concreto para visitar Chile ni para hablar directamente con trabajadores del campo. En vez de ello, me dedicaría a ver la información recogida en un estudio a gran escala sobre reforma agraria realizado durante el gobierno de Eduardo Frei Montalvo (1964-1970) por el Centro sobre la Tenencia de la Tierra de la Universidad de Wisconsin, en colaboración con el Instituto Chileno de Reforma Agraria (ICIRA). Se trataba de entender si las distintas categorías de “campesinos” que habían sido entrevistados reflejaban las posturas, comportamientos políticos y visión del mundo de pequeños propietarios o de los trabajadores del campo asalariados y más “proletarios” (o algo entre ambos). Acceder a esta base de datos me permitiría hacer análisis estadísticos de respuestas previamente codificadas así como también revisar comentarios textuales y abiertos que los campesinos habían compartido con los entrevistadores.

Ya conocía bastante sobre Chile por haber leído sobre su historia, estructura agraria y económica, y el movimiento de reforma agraria durante el gobierno de Frei. Mi fluidez en español era aceptable, había pasado un verano en México y un año en Guatemala. También había escrito trabajos sobre las condiciones sociales y económicas en América Latina durante mis estudios de licenciatura y maestría, y estaba casada con un guatemalteco. Así es que no era una neófita en cuanto a conocimientos de política y sociología de América Latina. Aun así, hoy me parece insólito realizar una tesis doctoral sobre reforma agraria y trabajadores en Chile que no contemplara una visita de campo.

Todo esto cambió cuando Salvador Allende Gossens, candidato de la coalición de la Unidad Popular (UP), ganó por escaso margen, a través del voto popular, la presidencia de Chile el 4 de septiembre de 1970, dando paso al primer presidente socialista electo en un país latinoamericano. Este momento clave en la historia de América Latina tuvo lugar justo cuando empezaba mi primer trabajo académico como profesora asistente de Sociología en Pitzer College. Iba a impartir un curso sobre “Desarrollo económico y social en América Latina” durante el primer semestre y había solicitado impartir otro sobre “Revoluciones campesinas” en el segundo semestre, ya en 1971.

La bibliografía de mi curso sobre desarrollo en América Latina ya estaba preparada con estudios de caso sobre intentos previos de realizar cambios sociales y económicos profundos en diferentes países latinoamericanos y en distintos períodos históricos. Pero ahora había un laboratorio vivencial en el cual observar los cambios en “tiempo real”: la “vía chilena al socialismo” de la UP, o lo que también se llamó la vía electoral al socialismo.

Como en ese entonces no teníamos Internet, YouTube ni Twitter, monitoreábamos la situación por medio de la prensa estadounidense y chilena, y reportajes en revistas, radio y televisión, así como el ocasional testigo que volvía de Chile y uno que otro ensayo académico que llegaba a nuestras manos. De esa manera dimos seguimiento a los intentos de la UP por implementar su programa de cambio social acelerado y las reacciones de las élites terratenientes y económicas, así como de los medios de comunicación masivos como *El Mercurio*, en franca oposición a la UP. Para una profesora de sociología, monitorear en tiempo real los movimientos sociales y el cambio social en Chile, era un sueño hecho realidad.

Durante ese primer año del gobierno de la UP, con mis alumnos aprendimos sobre la nacionalización de grandes industrias, la expansión de la reforma agraria, la formación de comités campesinos y de trabajadores para aumentar su poder en el proceso político, el programa de leche gratuita para mujeres embarazadas, lactantes y niños en las escuelas y barrios marginales de Chile, la creación de

3.000 becas para estudiantes mapuche universitarios, y los 55.000 voluntarios que fueron al sur chileno para alfabetizar y brindar atención en salud a sectores de la población que anteriormente habían sido ignorados.

Al terminar mi primer año como profesora en la temática de cambio social en América Latina, sabía que tenía que viajar a Chile a ver por mí misma algunos de los cambios más importantes y para conversar directamente con obreros, campesinos, estudiantes, artistas y profesionales que se movilizaban para hacerlos realidad.

Mi primera oportunidad para viajar a Chile sería durante el período intersemestral en enero de 1972. Dos meses antes, apareció un problema en potencia: descubrí que estaba embarazada. Sin embargo, el médico me dio luz verde para hacer el viaje. ¡Sobra decir que no dijo nada sobre el consumo de vino chileno, porque esto fue en un período previo a que se recomendara a las mujeres embarazadas limitar o evitar totalmente el consumo de alcohol!

## **Formación política/educación popular**

Lo primero que notamos al llegar a Chile fue que no entendíamos, ni mi esposo, ni yo, ninguno de los nombres de las comidas en el menú de almuerzo –Barros Luco (sándwich que llevaba el nombre del expresidente chileno Ramón Barros Luco), Barros Jarpa (sándwich nombrado por el ministro chileno del siglo XIX Ernesto Barros Jarpa), y el Chacarero (sándwich hecho de carne de res a la parrilla, rodajas de tomate y porotos verdes cocidos)– a pesar de que ambos hablábamos castellano. Nos dimos cuenta que nos tomaría un tiempo aprender el castellano chileno y que hasta los nombres de los sándwiches tenían relación con la política en Chile.

Lo segundo y más importante que encontramos en esos primeros días fue que los chilenos parecían ser muy conocedores de la política. Esta parecía ser el tema que todos tenían en mente y que se discutía de manera apasionada en la calle y en los hogares.

Cada día, al caminar desde la casa de mi profesor, donde nos hospedábamos, hasta la parada del autobús, nos tomaba unos veinte minutos adicionales el adquirir ejemplares de cinco periódicos distintos o bien leer versiones de estos colocadas en los muros a lo largo de nuestra ruta. Ciertamente, cada medio trataba las noticias con su propio sesgo político, pero el leerlos todos significaba que empezábamos el día bien informados sobre lo que estaba sucediendo.

No pude evitar pensar en el bajo nivel de educación política, en promedio, de la gente en California, un estado de Estados Unidos con un nivel relativamente alto de escolaridad. No solo era bajo el porcentaje de ciudadanos que votaban cada cuatro años en las elecciones presidenciales, sino que también, entre una elección y otra, era bajo el nivel de conocimiento sobre quiénes resultaban electos y quién representaba qué intereses. En Los Ángeles tenemos un solo periódico grande, *Los Angeles Times*, y aunque el interés de los lectores por conocer noticias del extranjero aparentemente había aumentado en la década de 1960 como resultado de la incursión en Vietnam, el conocimiento general sobre la política de otros países y el involucramiento de Estados Unidos en el resto del mundo se restringía a pequeños grupos y a quienes escuchaban una estación de radio pública alternativa, tales como *KPFK* en el sur de California y periódicos como el *Weekly*, de Los Angeles.

La mayoría de la gente en Estados Unidos se informaba mediante radio o televisión comercial o los grandes medios impresos como *Los Angeles Times*, que generalmente reflejaban los sesgos pro iniciativa privada, contra los movimientos populares y contra la clase trabajadora. Todos estos elementos eran parte del encuadre ideológico de los marcos de referencia de la Guerra Fría propios de sus dueños, y esto pese a que supuestamente suscribían el “código de neutralidad” que se enseñaba en las escuelas de periodismo.

Los medios masivos estadounidenses generalmente presentaban la elección de Allende como “una amenaza a la democracia” (porque se proponía construir el socialismo), un “precedente peligroso” que se podía extender a otros países del Hemisferio, o bien como “una

intromisión de la influencia soviética” en un hemisferio que “pertene-  
cía” a Estados Unidos. Pocos periodistas se aventuraron más allá de la  
información que recopilaban de la embajada en Chile o de *El Mercurio*,  
diario chileno proempresarial que buscaba activamente minar al go-  
bierno de la UP. Cuando los reporteros intentaban ir más allá, algunos  
decían que sus notas solían ser rechazadas por los editores o bien por  
los dueños de los medios.

Los medios masivos estadounidenses aducían que en el Chile de  
Allende había censura de la prensa, pero la gama de diarios y otras  
fuentes de noticias (carteles murales, radio, partidos políticos y sin-  
dicatos con sus medios) que vimos en los primeros días de nuestra  
estadía, nos llevó a pensar en la censura velada de los grandes diarios  
citadinos como *Los Angeles Times*.

El arte, la música y el teatro, guiada por la política de “La Nueva  
Cultura” también servían de medios de comunicación de masa des-  
de un enfoque de la clase trabajadora. Por todas partes en nuestras  
travesías de Santiago se veían coloridos murales que reflejaban la  
alegría y promesas contenidas en el triunfo de la UP, así como el pa-  
pel histórico de los obreros, mineros y otros activistas y también los  
retos que traería el futuro.

Obra de las Brigadas Ramona Parra (BRP) de las Juventudes Co-  
munistas (JJCC), en colaboración con artistas profesionales compro-  
metidos con el proceso, los murales compartían algunos elementos  
con la pintura mural mexicana de un período anterior: imágenes de  
historias de los trabajadores entremezcladas con héroes y heroínas  
de la historia de Chile, denuncias del imperialismo e ideas socialistas  
inspiradoras. Pero, el estilo chileno era completamente diferente en  
su uso de intensos colores primarios, la celebración de los cambios  
hechos realidad por la UP y en sus mensajes de esperanza y alegría  
para inspirar a la movilización y la acción.

El más impresionante, por su tamaño y quizá porque se presentó  
ante nuestra vista de manera inesperada, fue el mural de 459 metros  
de extensión a lo largo del río Mapocho, entre el Puente de Loreto y  
el Puente Purísima, pintado en conmemoración del 50 aniversario

del Partido Comunista. La obra de gran escala ilustraba historias del Partido y el movimiento obrero en Chile, con líderes políticos entretejidos con pobladores y trabajadores.

Adquirí mi lección más importante sobre la riqueza y profundidad de la cultura política chilena durante la visita que realizamos a un gran fundo (hacienda) que había sido expropiado durante el gobierno de Frei y que ahora era un asentamiento, es decir que estaba siendo manejado por los trabajadores por un período de dos a cinco años con asesoría técnica. Eduardo, agroeconomista demócrata cristiano, y hermano de mi amigo chileno Max, que vivía en Los Ángeles, ofreció llevarnos a esta experiencia y yo a duras penas contenía mi emoción de poder conocer con mis propios ojos un ejemplo de la reforma agraria.

Resultó que al llegar al fundo nos encontramos con que todos estaban reunidos en una de las grandes construcciones rectangulares del lugar, la que quizá también servía de bodega. No pude oír todo lo que decía quien presentaba, pero alcancé a escuchar que hablaba de lo que en casa, en la Universidad de Wisconsin, llamaríamos “economía política agraria” y la importancia de la reforma agraria que había hecho más productiva la agricultura chilena. Recuerdo claramente que dijo, “hemos aprendido que en una economía capitalista no basta con expropiar la tierra y entregarla a los trabajadores, sino que es necesario expropiar las empresas de alimentos para animales, como Ralston Purina, porque sabotean nuestra capacidad de preparar el ganado para el mercado, manipulando los precios y creando artificialmente escasez de productos”.

Apenas me aguantaba las ganas de conocer a quien explicaba tan lúcidamente el capitalismo agrario en el contexto de la reforma. En la Universidad de Wisconsin había tomado cursos de posgrado en sociología rural y economía agrícola, y había leído muchos libros para mejorar mi comprensión de las dinámicas de los sistemas capitalistas y los factores que podían potenciar o limitar el éxito de las reformas agrarias. Al finalizar la reunión, tuve oportunidad de conversar con Jaime, cuya exposición tanto me había impresionado, así como con otros

dirigentes varones que habían organizado la reunión. Ansiosa por conocer más sobre Jaime, hombre de una gran sonrisa y rostro curtido, de unos cuarenta y tantos años, entré en mi modalidad de socióloga entrevistadora y le pregunté “¿De qué parte de Chile es usted?” Soy de aquí, me respondió. “Ah, bueno, ya veo,” y lancé la siguiente: “Usted es originario de esta área, pero ¿dónde estudió?” Aquí mismo, respondió con mirada perpleja, como si no comprendiera por qué le hacía esa pregunta.

Entonces entendí. Jaime, el expositor que tanto me había impresionado con su conocimiento de economía política agraria, no había dejado la tierra para irse a la universidad. Quizá ni siquiera había completado la educación secundaria. Jaime no era un técnico ni un economista agrícola llegado de alguna otra parte, sino que era un dirigente campesino del fundo.

Le dije que me había gustado mucho su charla y le pregunté sobre cómo los trabajadores del fundo obtenían la información que necesitaban, incluyendo la situación económica y la reforma agraria. “De ciertos programas de radio, de nuestro sindicato y dirigentes políticos”, me respondió. Luego conversamos sobre lo que producía el fundo y dónde comercializaban sus productos. Según recuerdo, me dijo que exportaban la cebolla que cultivaban, pero que el cierre del Canal de Suez en 1967 les ocasionó problemas. Cuando le pregunté si podía tomar una foto de todos antes de irnos, Jaime nos preguntó en son de broma si la misma aparecería en el *New York Times*, y nos morimos de la risa. ¿Cómo conocía el *New York Times*? Había escuchado hablar de ese periódico en la radio, en el contexto de una discusión en torno a cómo en el extranjero se cubrían las reformas en Chile.

Jaime nos había hecho reír con su broma pero tuve que reírme de mí misma también. Con toda mi extensa capacitación en investigación sociológica, inconscientemente procedí sobre la base de asumir que ciertos tipos de conocimiento solo se adquieren con estudios de posgrado o mediante escolaridad formal. Intellectualmente sabía que no era así, pero al verme frente a una situación de la vida real, generalicé a partir de mi propia experiencia. Jaime era un dirigente

campesino que probablemente sabía más que yo sobre las dinámicas del capitalismo agrario, las mismas que podía explicar con mayor claridad. También tenía en la cabeza un mapa global de cómo los productos del fundo llegaban al mercado y sabía que un importante medio escrito de Estados Unidos no simpatizaba con Allende ni la UP.

Muchas veces he compartido con mis alumnos la historia de mi encuentro con Jaime, no solo para recordarles que revisen sus supuestos subyacentes, sino también para llamar su atención sobre el hecho de que el talento y la inteligencia existen en todos los grupos humanos, incluso en aquellos que han tenido acceso limitado a la escolaridad formal. También para recalcar el poder de la educación popular y los medios de comunicación alternativos para el desarrollo y despliegue de esa inteligencia y esos conocimientos.

## **Espectáculo y la UP**

Llevaba menos de una semana en Chile cuando nuestros amigos de posgrado en la Universidad de Wisconsin, Pat y Adam Schesch, nos invitaron a una celebración del 50 aniversario del Partido Comunista de Chile en el Estadio Nacional a las 4 el sábado 8 de enero. Habría música y teatro a cargo de la Juventud Comunista, así como un discurso del presidente Allende. No dudé en aceptar la invitación. No había mejor manera posible de conocer más acerca del partido cuyos militantes encabezaban la mayoría de los comités de campaña que habían trabajado para la elección de Allende.

Pero conforme se acercaba el 8 de enero me asaltaron nervios y temores. ¿Qué sucedería si alguien de Estados Unidos—incluso algún agente de la CIA o del FBI— me veía en el estadio y me incluía en su lista como posible comunista o simpatizante del comunismo? ¿Y si terminaba apareciendo en una lista negra, aunque fuera una informal, y eso implicara tropiezos para conseguir empleo en una universidad pública de California, donde en las décadas de 1950 y 1960, muchos profesores habían perdido su trabajo por rehusarse a firmar



juramentos de lealtad anticomunista? Yo me consideraba de izquierda e incluso miembro de “La Nueva Izquierda”, pero había crecido en Estados Unidos durante lo que se conoció como el “segundo terror rojo” (1946-1954), cuando figuras públicas nacionales argumentaron que en una democracia no hay lugar para quienes quieren abolirla, aunque sea mediante el voto pacífico (van den Haag, 1955).

De joven escuché hablar sobre el Communist Control Act (Ley de Control Comunista) aprobada por el poder legislativo en 1954 y que criminalizaba la pertenencia a o el apoyo al Partido Comunista o a organizaciones de “acción comunista”, caracterizando a ambas como agentes de una potencia extranjera hostil y un peligro claro e inminente para la seguridad de Estados Unidos. Cuando cursaba la secundaria, leí el libro de J. Edgar Hoover, quien presidió el FBI durante treinta y siete años, titulado *Maestros del engaño*, en el que argumentaba que los comunistas infiltraban organizaciones democráticas y progresistas, incluso iglesias para, furtivamente, encaminarlos hacia sus propios fines. Mi muy querido profesor de historia en la secundaria, el Sr. Hickerson, había sido citado para rendir declaración en una de las últimas audiencias del House Un-American Activities Committee (Comité de la Cámara Baja del Congreso sobre Actividades No-Americanas) que se realizó en San Francisco en 1960, porque su nombre estaba en una lista de sospechosos de ser comunistas o simpatizantes. Después de que él dejara nuestra escuela supe que ya había perdido varios empleos debido a que su nombre aparecía en esa lista.

La parte racional de mi cerebro sabía que el Partido Comunista de Chile era de las fuerzas más moderadas dentro de la coalición de la Unidad Popular y que eran quienes más empujaban “la vía chilena”, la vía pacífica y electoral hacia el socialismo. Pero, también sabía que el gobierno de Estados Unidos consideraba que los partidos comunistas eran exógenos a los países en los cuales se formaban y más bien existían bajo control soviético y eran un medio para ampliar el poder de influencia de la Unión Soviética.

Así pues, para mí, la posibilidad de ser incluida en una lista negra y no poder conseguir un trabajo universitario aparecía como un temor fundamentado y muy real en enero de 1972. Ya sabía que mi contrato trianual en curso no sería renovado, y nuevamente me encontraría buscando trabajo. Estaba embarazada de mi primera hija y aún no había terminado mi tesis. ¿Será que valía la pena arriesgarme asistiendo a un evento oficial del Partido Comunista, aun cuando pudiera justificar que era con “propósitos de investigación”

Nuestros amigos descartaron mis preocupaciones aduciendo que carecían de fundamento. Ellos llevaban varios meses en Chile y habían participado en eventos de izquierda y colaborado con una gama de activistas. Decidí ir con el grupo de amigos hasta la entrada del estadio, y allí tomaría la decisión sobre si entraba o los esperaba afuera.

Al llegar al estadio, desde los altoparlantes irradiaba música más allá de los confines del evento. No tengo idea qué música de la Nueva Canción se escuchaba, puede haber sido Inti-Illimani con una canción del “Canto al Programa”, versión musicalizada del programa de la UP, o bien pudo haber sido una pieza coral de la popular cantata Santa María de Iquique realizada por Quilapayún. Pero, fuera lo que fuera, contribuyó a impulsarme hacia la entrada del estadio y a entrar a un mundo lleno de espectáculo, alegoría y emoción que barrió de una vez por todas el microchip de miedo que individuos como J. Edgar Hoover habían implantado en mí desde que era niña.

Dentro del estadio me encontré en otro mundo. Estaba hasta el tope con más de 50.000 chilenos de todas clases y tipos: campesinos, trabajadores urbanos, mineros, estudiantes, profesionales, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, así como diplomáticos y funcionarios electos que representaban a sus países, especialmente los aliados socialistas.

Allí estaban los mineros con sus cascos y sus familias, con comida desplegada sobre manteles colocados en las sillas de al lado al igual que nosotros hacemos en Los Ángeles durante un concierto de verano en el Hollywood Bowl. Durante los primeros diez minutos, vi

maravillada el ambiente de festejo y los rostros felices. Para cuando llegamos a nuestros asientos ya la gramilla del estadio se había llenado con cientos de jóvenes de la Juventud Comunista, quienes en sus pantalonetas marrón y sus camisas de color amaranto, marchaba en manera sincronizada y ondeaban banderas al compás de la música. Quizá no del todo diferente del espectáculo de medio tiempo durante un juego de fútbol americano, salvo que estos protagonistas estaban allí por su pasión por la causa, y su espectáculo tenía un mensaje político. En este caso, el mensaje consistía en la historia de Chile y la del movimiento de los trabajadores, entretelado con la historia del Partido Comunista, espectáculo dirigido por el cantautor Víctor Jara y representado en estilo teatral por actores no profesionales. El espectáculo de tantos jóvenes uniformados, desempeñándose con energía y pasión en la gramilla del estadio en medio de la aclamación del público, me llenó de emoción y conmovió todos mis sentidos.

El momento culminante de la noche fue cuando Allende se levantó a dar su discurso. No he podido encontrar copia y no recuerdo mucho de su contenido. Pero, probablemente fue similar a otros entre diciembre de 1971 y enero de 1972, de los cuales sí he encontrado copias, e incluía la impugnación de toda la falsa información que la prensa derechista diseminaba cotidianamente. El discurso terminó con un estruendoso aplauso y los miles y miles que allí nos encontramos cantamos “Venceremos”, canción compuesta originalmente durante la campaña de Allende y cuyas estrofas reescritas pasaron a la historia como el “himno” informal de la Unidad Popular.

Son innumerables las veces que he cantado esta canción, a veces en medio de multitudes y otras veces estando sola, con mi reproductor de CD a todo volumen, cuando he querido levantarme el espíritu, y siempre con el recuerdo vívido de esa noche en el estadio.

## **El golpe: bombas, disparos y desapariciones**

Cuando sintonicé *KPFK*, estación de radio pública en el sur de California el 11 de septiembre de 1973 para escuchar el noticiero matutino, ya se estaba desencadenando el golpe contra el gobierno de Allende. Se había iniciado durante la noche y el periodista angelino Marc Cooper, quien vivía en Chile y se desempeñaba como traductor de Allende, transmitía lo que parecían ser reportajes de testigos de primera mano desde La Moneda, donde se encontraba junto con otros periodistas, amigos y personal que habían acudido a acompañar a Allende. Estos reportajes incluían el ruido de los disparos y las bombas, así como de las demandas que los generales transmitían por la radio y la respuesta de Allende en mensajes al pueblo chileno. Me infundían temor pese a estar a miles de kilómetros de distancia. Yo había vivido bajo una dictadura *de facto* en Guatemala, pero nunca había experimentado un golpe de Estado “en vivo”, aunque fuera vía radio.

Me preocupaba qué pasaría con Allende y sus colaboradores más cercanos que se encontraban en el Palacio de la Moneda, rodeados de tanquetas enemigas y bajo los aviones militares que sobrevolaban. Si el golpe tenía éxito, ¿qué les sucedería a otros partidarios de la UP a lo largo y ancho de Chile? ¿Cuál sería el destino de mis nuevas amistades, los trabajadores, campesinos y estudiantes que conocí durante mi visita, así como mis amigos de antes, los chilenos que habían estudiado conmigo en la Universidad de Wisconsin y los alumnos y profesores de posgrado que aún vivían en Chile? ¿Podrían sobrevivir? ¿Serían reprimidos?

Durante los días siguientes, *KPFK* siguió cubriendo el golpe con reportajes de Marc Cooper desde el lugar de los hechos. Escuchamos sobre desapariciones, allanamientos de casas y quemas de libros. Supimos de los llamados a que la gente denunciara a sus vecinos extranjeros por ser probables “subversivos”. Escuchamos reportes de cómo los militares se habían llevado a quienes fueron delatados por sus vecinos, para interrogarlos, torturarlos, e incluso ejecutarlos en

el mismo Estadio Nacional donde habíamos celebrado el 50 aniversario del PCCh.

De repente, entre todos estos reportajes, escuchamos los nombres de Adam y Pat Schesch, mis dos amigos que trabajaban sus tesis en Chile, los mismos que nos habían invitado a la celebración del 50 aniversario. Un vecino los había denunciado y los soldados se los habían llevado. Nos dijeron que estaban detenidos en el Estadio Nacional donde estaban realizando torturas y ejecuciones. Por radio, nos urgía presionar a la Embajada de Estados Unidos y al senador Edward Kennedy, jefe del Subcomité de Refugiados del Congreso de Estados Unidos para que los soltaran. Diez días después supimos que habían salido del estadio con vida pero marcados por haber presenciado las evidentes muestras de tortura de otros prisioneros y escuchado el estruendo de cientos de ejecuciones. Una condición de su liberación fue que no dijeran nada sobre lo que habían visto y oído, pero tan pronto estuvieron de vuelta en Estados Unidos, denunciaron ante todo el público que fue posible, incluyendo miembros del Congreso, lo que habían visto en el estadio.

## **El trabajo de solidaridad en Los Ángeles**

A mi regreso de Chile en enero de 1972, mi involucramiento en el trabajo de solidaridad con Chile adquirió renovada pasión y sentido de urgencia. A través de Los Angeles Group for Latin America (LAGLAS, su sigla en inglés, Grupo de Los Angeles para América Latina), al cual me había incorporado en septiembre de 1970, redoblé mis esfuerzos por construir solidaridad con los trabajadores, campesinos, estudiantes, artistas y pobladores de las barriadas, movilizados por el cambio en Chile, así como para sacar a luz el papel de Estados Unidos en contra del gobierno de Allende. Publicitamos los logros de la UP por medio de nuestros boletines, la radio, foros comunitarios y conferencias académicas, instando a oponerse activamente a los intentos del gobierno de Estados Unidos de socavar al gobierno

democráticamente electo. Con el apoyo de David Valjalo, agregado cultural del Consulado de Chile en Los Ángeles antes del golpe, promovimos la Nueva Canción al llevar grupos de música chilena a los campus universitarios y para que realizaran presentaciones comunitarias.

Después del golpe marchamos en las calles, y denunciarnos el papel de Estados Unidos en el socavamiento del gobierno de Allende y a la dictadura por sus violaciones de los derechos humanos. Todo esto por medio de boletines, programas de radio e incluso documentales y películas producidas con presupuestos mínimos (como el documental *Chile with Poems and Guns* (Chile con poemas y fusiles) realizado por el colectivo angelino Lucha Films). Organizamos paneles y conferencistas para coloquios académicos y junto con Bill Bollinger, fui editora de un número especial dedicado a Chile de nuestra recién formada revista *Latin American Perspectives*.<sup>1</sup>

Nos organizamos para oponernos a que atracara La Esmeralda en Estados Unidos, buque de la Marina chilena enviado de gira de buena voluntad, pero que también se había utilizado como centro de detención y tortura después del golpe y durante la dictadura de Pinochet. Intentamos que se cortara la ayuda a la dictadura, denunciarnos las violaciones de derechos humanos cometidas por el régimen y fuimos parte de la campaña por cancelar el convenio entre la Universidad de California y la Universidad de Chile, en protesta contra la dictadura.

Sin embargo, nada impactó las mentes y los corazones de tantas personas expuestas a nuestro movimiento de solidaridad con Chile como la música que presentamos en conciertos (Inti-Illimani, Quilapayún, Ángel Parra y otros) y el arte de los afiches que se usaron para promover los eventos, influidos por los estilos de los artistas de la UP.

Al igual que la Nueva Canción ayudó a convocar grandes públicos durante la campaña presidencial de Allende, junto con el arte y el teatro, así como agitaron e inyectaron fervor en las marchas, mítines

<sup>1</sup> 1(2), "Blood on the Peaceful Road".

y celebraciones de la UP; también fueron esas mismas canciones y muchas nuevas, las que generaron entusiasmo para nuestro trabajo de solidaridad con Chile después del golpe. Las letras sobre la lucha popular, el amor, la democracia y el sueño de una vida mejor, resonaron mucho más allá de la situación de los trabajadores chilenos. Aun cuando las letras eran para Chile, al cantarlas parecía que todos nos sentíamos parte del sueño de construir una vida mejor para el pueblo. Más allá de los versos, la música misma tenía un impacto emocional y estético; las melodías, las combinaciones de instrumentos, la incorporación de tradiciones musicales del pasado y el presente.

## Reflexiones

En mis estudios de doctorado aprendí mucho sobre política y economía, y sobre cómo los gobiernos y las agencias internacionales diseñan planes de cambio “desde arriba”. Pero durante mi visita a Chile aprendí más de lo que jamás hubiera esperado sobre cómo las masas movilizadas también generan y dan forma al cambio. Aprendí que crear cambio desde la base requiere no solo organización sino también arte, música y teatro, pues ayudan a construir una identidad común que vincula el pasado con el futuro ansiado y le da a la gente la capacidad de enfrentar los retos y nutrir sus espíritus. Por primera vez entendí por qué Allende dijo “No puede haber revolución sin canciones”. Y, antes y después del golpe, comprendí la importancia de la solidaridad en todas sus formas, tanto para quienes la brindan como para quienes la reciben. En las palabras de Margaret Powers, “Los movimientos de solidaridad (con América Latina) no tratan solo de ayudar a los movimientos revolucionarios en América Latina a alcanzar sus metas. También son sobre *nuestros* sueños. Nosotros hemos soñado sobre lo que podría ser una revolución no solo para Nicaragua o Chile, sino para los socialistas en cualquier parte y en todas partes” (Power, 2009, p. 8).

No puede haber revolución sin canciones (ni sin arte, ni educación popular, ni solidaridad...

Y pese a que los sueños a veces colisionan contra una cruel realidad, como lo fue en el caso del golpe y la dictadura de Pinochet, la experiencia también puede dejarnos importantes lecciones y fortalecernos para los retos de los cambios que perseguimos.

## Referencias

Power, M. y J. A. Charlip. (2009, November). Introduction: On Solidarity, *Latin American Perspectives*, 36(6) 3-9.

Van den Haag, E. (1955). Controlling Subversive Groups. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*. 300. Internal Security and Civil Rights, 620-671.